

PARAÍSO DE LAS TORTUGAS

La caleta El Nuro es sede de un proyecto de investigación de la vida de las tortugas marinas y, además, es el único lugar del país en el que se puede nadar junto a estos simpáticos animales.



10

Foto: César Afreñeda. Fotografía: Juan Pablo Acabado

-¡Ahí está! ¡Ahí está!

Rubén Gómez, ingeniero mecánico llegado de Lima, señala una mancha ovalada que se acerca buscando a nuestra chalana. Su hijo y su hermana se asoman al borde.

-Vienen a saludarnos -les explica Rubén.

-¡Hola, preciosa, cómo estás? -dice su mujer, Rosay.

María, la hermana de Rubén, saca de su mochila una cámara y le toma fotos.

-¿Qué tan felizidad te enciende -el ingeniero no lo puede creer. Mira al animal, qué debe de medir metro y medio de largo, y luego nos mira a Shaley y a mí. -Es increíble, me voy a convertir en un defensor de las tortugas.

Shaley Koles es la directora del proyecto Tortugas de El Nuro, y esta es una afirmación errática solo sobre le.

Ella y los otros biólogos de

su ONG, Ecosistémica, llevan cuatro años estudiando la vida de estos animales marinos y siendo, en la práctica, sus principales defensores. En silencio con los habitantes de esta comunidad pesquera.

Mientras Rubén comparte su entusiasmo con los pasajeros de la chalana, más tortugas se han acercado. Las arrastran los trochos de posta que Parache, nuestro chalano, les lanza desde posta.

De pronto, un hombre embudado en un chaleco salvavidas se dirige nadando al bote.

-¡Ahí está! ¡Ahí está! -dice Rubén, señalando a su hijo, quien se había quedado en el muelle acompañando a su esposa y a su bebé. Parece que no le gustó nada ser un simple espectador y ha decidido acompañar a sus padres y a su hijo en esta aventura.

Rubén Jr. se acerca con

precaución a la chalana, rodeado ya de varias tortugas. Unos metros antes de llegar, se detiene. Se queda quieto, temeroso de que los animales le hagan algo. Pero las tortugas lo ignoran. Los trochos de posta que les lanza Parache parecen concitar toda su atención.

Al ver a su hijo nadar sin problemas en medio de las tortugas, Rubén y Rosay se animan a meterse al agua. También lo hace Gastón, el guía que ha traido a la familia desde Mincora en un bote que continuará luego por Quebrada Verde, Cueva del Lobo y Cabo Blanco. Todos con salvavidas y mascaritas.

sin embargo, la estada de Rubén en el agua dura poco.

Quiero subir, quiero subir - dice mientras se trepa al bote. Parece que, a fin de cuentas, flotar en medio de

estos animales, de caparzones enormes, cabezas reptiles y mandíbulas afiladas, lo ha asustado un poco, aunque él trata de disimularlo. Todo bien, todo bien, no pasa nada.

Si a Rubén le hubiera pasado lo que le acaba de pasar a Gastón, quizás habría topado a una velocidad aún mayor. A Gastón, una de las tortugas prácticamente se le subió encima. Él, al verlo, se sumergió y el animal terminó nadando por encima de su cabeza.

-¡Vista lo que hizo! -le grita Gastón al otro guía, que se ha quedado en la chalana. Todos lo vieron. Las tortugas de El Nuro son traviesas. Y tercas, con sus cutículas blancas y ojos adormilados. Pero hay que tratarlas con cuidado.

VECINDARIO ACOSADOR

Shaley llegó a El Nuro en 2008. Un amigo le había di-

cho a ella y a sus colegas de Ecosistémica que en esta caleta, situado en la prostrada península de Talara, a 4 kilómetros al sur de Los Organos y a 11 de Mincora, había muchas tortugas marinas alrededor del muelle de pescadores.

Durante los siguientes años, los investigadores descubrieron que este lugar es un sitio de residencia importante para las tortugas marinas que habitan el Pacífico y que conforman una sola población, que va desde las costas de Chile hasta California.

Probablemente el 20% de ellas son de posta, pero la demás, al 80%, son residentes.

Descubrieron otro dato feo: el 10% de las tortugas de El Nuro son adultas. Sin los otros puntos de observación de tortugas conocidas en el Perú, como Paracas, Cerro Azul o la Bahía de Sechura, no hay tal

Texto: Óscar Miranda.

Fotografía: Juan Pablo Azabache

-¡Ahí está! ¡Ahí está!

Rubén Gómez, ingeniero mecánico llegado de Lima, señala una mancha ovalada que se acerca buceando a nuestra chalana. Su mujer y su hermana se asoman al borde.

-Viene a saludarnos –les explica Rubén.

-Hola, preciosa, ¿cómo estás? –dice su mujer, Rossy.

María, la hermana de Rubén, saca de su mochila una tablet y le toma fotos.

-¡Qué barbaridad! ¡Es enorme –el ingeniero no lo puede creer. Mira al animal, que debe de medir metro y medio de largo, y luego nos mira a Shaleyra y a mí. –Es increíble. Me voy a convertir en un defensor de las tortugas.

Shaleyra Kelez es la directora del proyecto Tortugas de El Ñuro, y ante esa afirmación entusiasta solo sonrío. Ella y los otros biólogos de su ONG, Ecoceánica, llevan cuatro años estudiando la vida de estos animales marinos y siendo, en la práctica, sus principales defensores, en alianza con los habitantes de esta comunidad pesquera. Mientras Rubén comparte su entusiasmo con los pasajeros de la chalana, más tortugas se han acercado. Las atraen los trocitos de pota que Pasache, nuestro chalanero, les lanza desde popa. De pronto, un hombre embutido en un chaleco salvavidas se dirige nadando al bote.

-¡Ahí está Rubén Jr.! –dice Rubén, señalando a su hijo, quien se había quedado en el

muelle acompañando a su esposa y a su bebé. Parece que no le gustó nada ser un simple espectador y ha decidido acompañar a sus padres y a su tía en esta aventura. Rubén Jr. se acerca con precaución a la chalana, rodeada ya de varias tortugas. Unos metros antes de llegar, se detiene. Se queda quieto, temeroso de que los animales le hagan algo. Pero las tortugas lo ignoran. Los trozos de pota que les lanza Pasache parecen concentrar toda su atención.

Al ver a su hijo nadar sin problemas en medio de las tortugas, Rubén y Rossy se animan a meterse al agua. También lo hace Gastón, el guía que ha traído a la familia desde Máncora en un tour que continuará luego por Quebrada Verde, Cueva del Lobo y Cabo Blanco. Todos con salvavidas y máscaras. Sin embargo, la estadía de Rubén en el agua dura poco.

-Quiero subir, quiero subir– dice mientras se trepa al bote. Parece que, a fin de cuentas, flotar en medio de uestos animales, de caparazones enormes, cabezas reptílicas y mandíbulas afiladas, lo ha asustado un poco, aunque él intenta disimularlo. Todo bien, todo bien, no pasa nada.

Si a Rubén le hubiera pasado lo que le acaba de pasar a Gastón, quizás habría trepado a una velocidad aún mayor. A Gastón, una de las tortugas prácticamente se le subió encima. Él, al verla, se sumergió y el animal terminó nadando por encima de su cabeza.

-¡Viste lo que hizo! –le grita Gastón al otro guía, que se ha quedado en la chalana. Todos lo vieron. Las tortugas de El Ñuro son traviesas. Y tiernas,

con esas curiosas aletas y esos ojos adormilados. Pero hay que tratarlas con cuidado.

Vecindario acogedor

Shaleyra llegó a El Ñuro en 2009. Un amigo les había dicho a ella y a sus colegas de Ecoceánica que en esta caleta, situada en la provincia piurana de Talara, a 6 kilómetros al sur de Los Órganos y a 17 de Máncora, había muchas tortugas marinas alrededor del muelle de pescadores.

Durante los siguientes años, los investigadores descubrieron que este lugar es un sitio de residencia importante para las tortugas marinas que habitan el Pacífico y que constituyen una sola población, que va desde las costas de Chile hasta California.

-Probablemente el 20% de ellas esté de paso, pero las demás, el 80%, son residentes.

Descubrieron otro dato feliz: el 16% de las tortugas de El Ñuro son adultos. En los otros puntos de observación de tortugas conocidos en el Perú, como Paracas, Cerro Azul o la Bahía de Sechura, no hay tal cantidad de adultos. Ni siquiera en Ecuador.

-Los adultos son muy importantes por su potencial reproductivo, sobre todo, tratándose de una población que está muy amenazada. Según Shaleyra, las tres especies de tortugas que visitan las aguas de El Ñuro viven en situación de vulnerabilidad. La verde o negra –la más común en la caleta– está en peligro, y la Carey y la dorso de cuero están en peligro crítico.

¿Cómo llegaron las tortugas acá? Es difícil decirlo. Según los pescadores, siempre nadaron por estas aguas. Pero es verdad que desde que construyeron el muelle, en 2007, vinieron en mayor cantidad. Ocurre que la pesca que llega al muelle se lava y las vísceras se arrojan al mar. Las tortugas, habituadas a comer algas y moluscos, no desaprovecharon la oportunidad de saborear este nuevo manjar.

Y se quedaron.

Rescate anfibio

-Cóbrales doble, Pasache.

Los pasajeros de este viaje se acaban de enterar que en la chalana va con ellos una bióloga marina, nada menos que la responsable del proyecto sobre las tortugas, y, entusiastas, la acosan a preguntas.

Esta vez vienen dos parejas extranjeras: María José ('Majo') y Juan Pablo, argentinos; y Nicole e Ignacio, chilenos. Las chicas, por supuesto, son las más curiosas. Shaleyra les explica que las tortugas se quedan acá porque encuentran comida, refugio y porque los pescadores no las cazan, como ocurre en otras caletas, sino que, por el contrario, las protegen.

Y es verdad. Hace unos meses unos pescadores encontraron mar adentro a una tortuga con un anzuelo curvo y puntiagudo clavado en el hocico. La trajeron a tierra, se lo sacaron, la cuidaron y alimentaron y a los pocos días la devolvieron al mar. En enero de 2012, otros pescadores rescataron en la playa a una recién nacida que estaba a punto de ser devorada por las aves.

Shaleyra y las guías del muelle la cuidaron durante cinco meses, hasta que creció lo suficiente como para valerse por sí misma. Se metieron en una chalana y medio kilómetro mar adentro la dejaron en libertad.

Demasiado amigables

-¡El agua está fría po'!

Ignacio vive en Valparaíso, cuyo mar tiene temperaturas mucho más bajas que el de Piura, pero acá le ha dado frío y ya no se quiere meter.

Quizás la cara de los amiguitos que se han acercado al bote lo han disuadido. Pero eso no ha ocurrido con su novia Nicole ni con Majo y Juan Pablo, que ya están en el agua, retozando como niños. Pasache lanza generosos trozos de pota. Las tortugas, ávidas, los devoran. Aunque no lo dice en este momento, para no arruinarles la diversión a los visitantes, a Shaleyra esto de arrojarles comida a las tortugas no la termina de convencer.

-Su dieta natural son algas, malaguas, cangrejos que tienen que buscar en las rocas del fondo marino. Acá vienen y solo comen tripas de pescado y pota. Eso les cambia la dieta y las costumbres.

También le preocupa que relacionen la comida con la presencia de personas en el agua. Algo peligroso, dice. La bióloga reconoce, sin embargo, que será interesante observar científicamente cómo cambia el comportamiento de estos animales salvajes cuando se acostumbran a la cercanía de los humanos.

-Queremos identificar a las tortugas que más se acercan y compararlas con las que son más tímidas. Ver, por ejemplo, cuáles crecen más. Quizás por

eso, hace un momento, cuando Pasache la miró con su balde de pota en la mano, esperando su venia, ella sonrió con resignación:

-¡Ya, ya, tira nomás! Haz como si yo no estuviera acá.

Y Pasache empezó a lanzar la comida, justo como lo está haciendo ahora mismo, alrededor de Majo y Nicole, haciendo que las tortugas se acerquen a ellas y provocando los gritos nerviosos de las chicas: "¡Ayyy, ayyy!".

Pasache las mira y goza.

Por alguna razón, las tortugas se han encariñado con Nicole. La rodean, se diría que la persiguen. La joven chilena se ríe de los nervios, pero no sale del agua. Ha venido de muy lejos para disfrutar con estos animales. Al volver a su ciudad tendrá una historia emocionante que contar.